

María Nubia Salazar: Pajaritos de barro.

Cortinilla de entrada.

00:00:00:00

Bienvenidos y bienvenidas a Voces del Exilio. Una iniciativa de memoria histórica de la Asociación Revivir, con el apoyo del Centro Nacional de Memoria Histórica.

Enunciación del título del episodio: *Pajaritos de barro.*

1. Introducción:

00:00:21

Yo cuento mi historia para que la memoria de mi familia no quede en el olvido. Quiero que lo que tuvimos que atravesar salga a la luz y que al ser visible contribuya a la no repetición de la violencia que nosotros y tantos otros hemos tenido que vivir. Me gustaría también que nuestra historia sirva como un ejemplo de superación, porque hemos sido resilientes ante la tragedia, ante los problemas, ante los envites que nos da la vida.

2. La vida en Colombia y la decisión de salir del país:

00:00:55

Mi nombre es María Nubia Salazar Forero. En Colombia vivía con mi familia en Santander, teníamos una finca grande a la cual íbamos los fines de semana, en vacaciones y en navidad. Éramos una familia de diecisiete hermanos junto a mi madre y a mi padre, que murió en el año 92, deseando que el horror de esta guerra injusta parara y pudiésemos recuperar lo que nos arrebataron.

00:01:28

En 1987, empezaron las amenazas contra mi familia y mis hermanos, por parte de grupos armados al margen de la ley, y en el mes de agosto, las amenazas de la guerrilla de las FARC, que operaba en la zona, se hicieron realidad. Incursionaron en la finca, sacando a mis hermanos y a parte de los trabajadores que se encontraban laborando ese día. En menos de una hora, después de tenerlo todo, lo perdimos y nos cambió la vida para siempre.

00:02:07

Desde entonces, estuvimos yendo de una ciudad a otra, con el ánimo de defendernos de esa cruel pesadilla. En 1989, el mayordomo y dos trabajadores más, que se resistieron a salir de la finca e informaban a mis hermanos sobre la situación, fueron asesinados por las FARC. Seguían los hostigamientos y la presión de saber que teníamos que dar más dinero o responder con nuestras vidas. Fue un camino muy largo en el que mis hermanos acudían a la Fiscalía, a la Oficina de Acción Social y a la Policía, buscando protección y apoyo para recuperar las tres fincas que perdimos. Caímos en manos de abogados inescrupulosos que llevan más de treinta y tres años prometiéndonos que recuperaremos las fincas sin obtener resultados.

En el año noventa y nueve, uno de mis hermanos, devastado por esta situación y las continuas amenazas, entró en una fuerte depresión e, impotente, por no poder resolver la difícil situación económica familiar, sufrió un infarto y en el mes de junio se nos fue. En ese momento, quedamos todos muy desconsolados y seguíamos preocupados porque las amenazas no paraban. La guerrilla arremetió contra mis hermanos y en particular contra uno de ellos que era militar, a quien llamaban “El soldadito de plomo” y amenazaban con matarlo. De ahí en adelante, el panorama familiar fue incierto y a inicios de los años dos mil, mi mamá, mis hermanos y yo, tomamos la decisión de que los más jóvenes debíamos refugiarnos en España, donde mi hermano, el militar, ya estaba exiliado y podía recibirnos para salvar nuestras vidas.

Yo estaba muy joven y el impacto de la pérdida me marcó muchísimo. Me preguntaba por qué nos había pasado eso a nosotros. Aunque el impacto fue muy fuerte, siempre he sentido que hay que seguir luchando. La vida continúa y hay que aferrarnos a eso tan maravilloso que es poder respirar para seguir adelante.

A esta historia se une otro de mis hermanos que, aunque las armas de la guerrilla no pudieron quitarle la vida, en la lucha por recuperar lo irrecuperable, fue diagnosticado con un cáncer provocado por el estrés al que se ha visto expuesto. A sus ochenta y cuatro años, no se le va el sueño de poder volver a ese sitio tan maravilloso que habíamos creado para él y para el resto de la familia.

Desde la distancia, cada día me despierto con la esperanza de recibir una buena noticia y que me digan que mi hermano se va a sanar porque por fin logró ese tan anhelado sueño.

3. La vida en España, el trabajo y la organización:

00:05:39

Desde que llegué a España, hace veintitrés años, me he dedicado a trabajar con personas en situación de exilio y a luchar por la defensa de los derechos humanos. Por eso hago parte de la organización ASILA y dedico prácticamente todo mi tiempo, de forma voluntaria, a apoyar a las personas que les tocó dejar sus vidas atrás y venir a España en condiciones similares a la mía. Esta lucha se ha convertido en mi razón de ser y día a día, junto a otras víctimas, hacemos lo posible para ayudar a quienes lo necesitan en el proceso de reconstruir sus vidas en una tierra de acogida que nos brinda seguridad y un entorno de paz y tranquilidad.

En este momento la organización atiende a personas de setenta y ocho países y cuenta con más de siete mil asociados. Llegarle a cada una de ellas y poder apoyarlas en cualquier necesidad que tengan, desde la más pequeñita hasta la más grande, es algo que me llena de satisfacción. Al ver cómo, pese a las adversidades, podemos tejer tanta esperanza con la gente, le encuentro sentido a la vida. Lograr mantener la fuerza viva entre todas las víctimas, me hace sentir que tengo otra familia, una que cada día se robustece y se vuelve más fuerte. Entre todos compartimos el dolor de dejar nuestros países, nuestras familias y amigos, pero también la necesidad de fortalecernos y superar tanto dolor. En este camino, hemos logrado establecernos, apoyarnos y sacar lo mejor de nosotros.

00:07:44

En el año 2009, atravesé un episodio muy fuerte con el secuestro de mi marido y su fallecimiento en el 2010. Ahí fue cuando el mundo se me derrumbó, pero gracias a esa familia maravillosa que tengo, cuando tuve que salir corriendo a Colombia para resguardarme, ponerme a salvo y recuperarme, me di cuenta de que ese no era mi nido. Mi nido es el sitio al que tuve que llegar después de la tragedia que marco nuestra vida años atrás.

4. La enfermedad y la recuperación:

00:08:26

En el año 2020, entré al hospital con una neumonía grave por coronavirus y estuve ingresada por treinta y tres días en coma inducido. Me entubaron, me hicieron una traqueostomía y al final, puedo decir que soy un milagro de la vida. Estar viva después de todo lo que pasé, me hizo preguntarme por qué volví, y pienso que es porque la tarea no se ha concluido. Mientras estuve hospitalizada, hubo muchas personas clamando por mi salud, por mi regreso, y me he aferrado a eso para salir adelante. En esos momentos es cuando uno saca ese caparazón de valentía, para, a pesar de todo lo que nos ha pasado, hacernos fuertes, resistentes y valientes ante la adversidad.

Estando en mi cama, la gente me llamaba pidiendo ayuda. Y yo, que no me podía ni moverme, que no podía casi ni contestar el móvil, que tenía paralizado el brazo izquierdo y mi mano derecha, tuve que pensar en los demás más que en mí. Sentir que había personas que estaban mucho peor que yo, gente que estaba en ese momento en la calle, que no tenía alimentos, me llevó a convertirme en una especie de pulpo y a conectarme con otras personas para que actuaran por mí.

Seguir en esta labor ha sido determinante para mí, ha sido como un bálsamo que me ha permitido seguir adelante.

5. Pajaritos de barro/mensaje de cierre:

00:10:20

Para cerrar este episodio podría concentrarme en los momentos difíciles, en la tragedia que me llevó a dejar mi país, pero, en cambio, quisiera despedirme recordando un momento que me ayuda a recordar la magia de la vida. Mi hermano, el que murió, era músico empírico, y siempre nos alegraba las tardes con una buena canción y un mensaje de amor hacia la naturaleza y la vida. En las navidades, y en especial la última que pasamos juntos, cuando estábamos en la finca, nos compraba, a mí y a mis sobrinas, de esos pajaritos de barro que les dan a los niños en navidad para tocar durante los villancicos. Cuando finalizábamos las fiestas decembrinas, los guardábamos en una cajita, para usarlos en las próximas navidades y regocijarnos con sus sonidos. Sin embargo, para el próximo diciembre esto no pudo ser, ya que la guerrilla nos había quitado nuestras tierras y toda la ilusión. Aquellos pajaritos quedaron guardados por muchos años, hasta que un vecino, que paseaba por los alrededores de la finca, encontró aquella cajita, deteriorada por el paso del tiempo, en la que yacían algunos de los pajaritos. Pasaron muchos años más para que nosotros pudiéramos conocer lo que pasó con esa cajita y

nuestra historia mágica.

Años después, de camino a un evento del Consulado de Colombia en Valencia, nos detuvimos en un parador en la carretera para descansar. Entramos, me fijé en una vitrina con un montón de cositas artesanales y los vi. La impresión fue muy dura. Tras haberme preguntado por tanto tiempo qué habría pasado con esa caja, encontrar esos pajaritos de barro me reconectó con ese momento tan bonito que dejamos atrás. Hice abrir la vitrina y compré los diez pajaritos que había. Ahora son algo que me reconecta con la vida que no pudimos vivir más. Para mí, mis hermanas y mis sobrinas representan tener algo que nos recuerda lo que mi hermano nos transmitía: paz, serenidad y armonía; y eso es con lo que he decidido quedarme de ese tiempo.

Es cierto que el dolor que hemos vivido ha sido muy grande, por mucho tiempo sentí muchísimo rencor contra las FARC por haber incurrido en nuestras vidas y habérselo quitado todo, pero también me he dado cuenta de que la única forma de sanar es perdonando, dejando ir. La verdadera felicidad es poder levantarnos cada día con la ilusión de saber que estamos vivos y con el deseo de poder hacer algo por uno mismo y por los demás.

Cortinilla de salida.

00:14:06

Esto fue Voces del Exilio, una iniciativa de memoria histórica de la Asociación Revivir, con el apoyo del Centro Nacional de Memoria Histórica. Les invitamos a continuar escuchando los episodios siguientes de nuestra serie de podcast. Gracias por acompañarnos.